

**CAPÍTULO CUARTO**

**ESTADOS UNIDOS**

## ESTADOS UNIDOS

Por Manuel Coma Canella

### INTRODUCCIÓN

Desde el punto de vista estratégico y de seguridad el año 2004 ha sido para los Estados Unidos un año de continuidad y sin grandes sorpresas. Tanto los problemas como las políticas venían de antes y no han experimentado grandes cambios en el curso del pasado año. En todo caso se han agravado los primeros y han tendido a encastillarse las segundas. Pero sí se puede apreciar una serie de inflexiones que deberán tener consecuencias en el 2005.

Para la nación americana la mejor noticia del año está en el reino de lo que no ha sucedido, que no tiene por qué ser menos importante que lo que realmente acontece. No ha habido una repetición del 11 de septiembre ni siquiera algo de la más modesta magnitud del aciago 11 de marzo madrileño. Pasó el momento de las elecciones el 2 de noviembre, se produjo la toma de posesión el 20 de enero siguiente y todas las alarmas resultaron infundadas. O quizás los peligros fueron prevenidos o desbaratados por los aparatos de seguridad. Pero tampoco hubo ataques similares en el 2003 o en el 2002. También aquí hay continuidad. Esto plantea uno de los debates estratégicos en curso, en dos partes ¿Se está ganando la guerra contra el terror? y ¿quién juega el papel decisivo en esa guerra, inteligencia y policía o intervenciones militares? O, más bien, ¿las intervenciones militares han contribuido positivamente a la lucha o son contraproducentes?

La peor noticia no ha estado nunca en la primera plana de los periódicos, entre otras cosas porque no se trata de un hecho puntual sino del

resultado de un largo proceso. El 2004 quizás pueda pasar a la historia como el año en el que la potencia americana chocó con los límites de su poder, y mucho de lo que América ha hecho o ha dejado de hacer en el curso del año fluye de esas circunstancias limitadoras. Cabe esperar que el 2005 se caracterice por una serie de adaptaciones a esa realidad y de intentos por superarla, por incrementar el poder, haciendo retroceder esos límites. Durante la serie de cumbres internacionales que tuvieron lugar en Junio, el presidente Bush hizo algunos gestos de acercamiento a sus colegas europeos y a partir de esas fechas su ministro de Defensa, Donald Rumsfeld se abstuvo de hacer declaraciones escandalosas para los oídos de este lado del Atlántico. Otra vez lo no sucedido cuenta.

Esa mano tendida, que no obtuvo ninguna respuesta significativa, respondía tanto a las penurias de la situación en Irak como a las necesidades electorales, pues, en efecto, elecciones e Irak han dominado el panorama político americano en el 2004. Habría, en principio, que pensar que sólo el segundo tema tiene carácter internacional y dimensiones estratégicas, pero lo cierto es que ambos han marchado estrechamente unidos, influyéndose mutuamente, hasta el momento mismo de los comicios. Como no sucedía desde los sesenta, durante la guerra de Vietnam, y con intensidad todavía mayor, la guerra ha dominado la campaña electoral, empezando, precisamente, por la de hace cuarenta años. Por otro lado, la toma de decisiones respecto a Irak se ha visto estrechamente condicionada por consideraciones electorales.

## **EL MARCO ESTRATÉGICO: LA PUGNA ANTIHEGEMÓNICA**

Irak no es la única guerra que los Estados Unidos han tenido que librar a lo largo del 2004 ni puede entenderse como un episodio aislado sino que, por el contrario, es la pieza central de todo el gran marco estratégico dentro del cual se desarrollan lo esencial de las relaciones de Estados Unidos con el mundo. En Irak se intersectan las dos líneas maestras que conforman ese amplio marco. Por un lado tenemos, con plena visibilidad, lo que, a partir del 11-S, Bush llamó la “guerra contra el terror”, mientras que por otro lado nos encontramos con otro gran enfrentamiento de carácter universal, éste incruento pero no por ello menos enconado, en el que una coalición antihegemónica completamente informal y difusa se opone al poderío americano intentando contrarrestarlo y frenarlo y que, lo mismo que la guerra contra el terror pero de manera muy diversa, tiene en Irak su frente central.

Por difuso e informal, este segundo enfrentamiento de carácter puramente diplomático es mucho menos visible. Ni siquiera tiene un nombre y muchos de los que en él participan lo hacen con percepciones muy diferentes del fenómeno general y de su papel en éste. Para la mayoría se trata ante todo de oponerse al unilateralismo americano y denunciar su proclividad a usar la fuerza para resolver los problemas externos, ignorando las normas del derecho internacional, todo ello nefastamente ejemplificado por la intervención en Irak y todas sus secuelas. Bajo esa oposición y esa denuncia subyacen prejuicios y actitudes ideológicas diversas que desde posturas a veces antagónicas convergen en el común disgusto por la acumulación de poder en el coloso americano y en la común pretensión de utilizar las Naciones Unidas como si fueran a la vez, en alguna medida, un parlamento, un tribunal e incluso un gobierno mundiales, al que todos deberían someterse, empezando por el hegemon y, en la práctica, terminando también por él, puesto que Naciones Unidas rara vez consigue que respeten sus resoluciones aquellos que se consideran perjudicados por ellas.

Ese antihegemonismo tiende a ser la forma actual del antiamericanismo y en él confluyen las diversas versiones anteriores de este fenómeno, como las de los perdedores de la guerra fría, que han encontrado una ocasión de desquite en la nueva impopularidad americana, si bien muchos otros partícipes de estos sentimientos tienen orígenes ideológicos muy distintos y rechazarán el apelativo de antiamericanos, al centrar sus denuncias en el conservadurismo de la actual administración e incluso en rasgos de la personalidad del presidente. Esa diversidad de motivaciones de fondo y de argumentos esgrimidos tiende a enmascarar la naturaleza esencialmente antihegemónica de las críticas a la política exterior americana, de forma que el caso de Irak se convierte en un pretexto y en un instrumento del conflicto. Pretexto, porque aunque Irak ha sido el aglutinante de toda esa serie de descontentos frente a los Estados Unidos, la verdadera fuente de insatisfacción común a todos reside en lo que se percibe como excesivo poderío americano. Es por lo tanto anterior e independiente, y su mera existencia hace no ya difícil sino incluso casi absurdo la colaboración con Estados Unidos para ayudarle a salir con éxito del cenagal iraquí.

En este sentido es Irak también un instrumento del esfuerzo para contrarrestar al hegemon. Cuando se dice que Irak es un desastre habría que matizar para quien. Lo es para los iraquíes y para los Estados Unidos. Para otros muchos la situación en el país mesopotámico no deja de ser conve-

niente, por lamentable que sea. Así lo ven casi todos sus vecinos, con la excepción de Kuwait. Los demás se sienten complacidos contemplando cómo el águila americana se deja allí su pico y sus garras, viendo así limitadas sus posibilidades de presionar sobre ellos. Sin duda se sienten también preocupados, porque un empeoramiento de la situación podría hacer que el conflicto desbordase las fronteras y los implicase directamente. Pero mientras las cosas sigan como en el 2004, Irak no sólo no será el amenazador ejemplo de democracia para el Oriente Medio, tal y como los americanos pretendían, sino más bien de todo lo que hay que evitar. En el resto del mundo, con mayor o menor intensidad, los coaligados contra el hegemón experimentan también una *Schadenfreude*, una subliminal complacencia en las desgracias iraquíes, de las que consideran responsable total y único al gobierno de George Bush, proporcionándoles la agradable posición de superioridad moral de quienes todo lo habían advertido de antemano.

Este conjunto de actitudes constituyen las constantes con las que ha tenido que enfrentarse la política americana en el transcurso del año, con cambios bien pequeños. Entre ellos, uno modesto a escala global pero de entre los más importantes, ha sido el cambio de alineación de España tras las elecciones del 14 de Marzo. La guerra de Irak produjo una profunda división entre los dos principales partidos españoles y el presidente Rodríguez Zapatero actuó en consecuencia con lo que su partido había defendido durante toda la crisis y prometido en su campaña electoral. La contundencia de su actuación, retirando las tropas españolas de Irak de manera fulminante, acompañada de declaraciones igualmente enérgicas, le imprimió al cambio un cierto dramatismo y una alta visibilidad internacional, con los consiguientes roces con Washington, por más que el gobierno español, como otros, ha enfatizado que sus posiciones nada tienen que ver con actitudes antiamericanas.

La persistencia del antihegemonismo alentado por las susceptibilidades heridas por las actuaciones americanas explica que las resoluciones 1511 y 1546 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que proporcionaban un marco legal a la presencia de tropas ocupantes en Irak, sin entrar en la justificación o condena de la intervención militar, no hayan mejorado en la práctica la posición internacional de los Estados Unidos, y los mismos que las votaron no se han sentido obligados a seguir sus recomendaciones de colaborar con las fuerzas de ocupación. Tampoco mejoró el clima internacional la transferencia de poder a un Gobierno Interino en Bagdad el 29 de Junio. En ese mismo mes tuvieron lugar una serie de cumbres internacionales, del G-8 en Sea Island, (Georgia, Estados Unidos), EEUU-UE en Bruselas,

la de OTAN en Estambul, o incluso la visita de Bush a Normandía para conmemorar los sesenta años del desembarco. Como ya se ha mencionado, los intentos de Bush de utilizar esos encuentros para suavizar las relaciones con algunos de sus disgustados socios dieron resultados prácticos muy escasos.

Así pues, las actitudes persistieron aunque con menos manifestaciones externas de acritud. En ello influyeron consideraciones electorales por ambas partes. El inquilino de la Casa Blanca estaba siendo acosado por su competidor en la carrera por la presidencia, con el argumento de que su política había aislado al país y se veía urgido por la necesidad de contrarrestar esa acusación. Por parte de sus aliados renuentes se trataba de no hacerle ese favor ante la expectativa de un cambio en la cumbre del poder en Washington. Una vez ratificado Bush a la cabeza del estado americano por otros cuatro años cabe esperar algunos reajustes en las relaciones mutuas, pero esas adaptaciones tendrán como límite el hecho de que es del interés y corresponde a los sentimientos de los que desean erosionar el poder americano mantener el recelo sobre sus intenciones y en especial sobre la legitimidad de su presencia militar en el Golfo. En ese sentido el éxito en el desarrollo de las elecciones en Irak el 30 de Enero de 2005, en el momento en que se cierra este Panorama, significa una importante novedad que podría darle un giro a la marcha de los acontecimientos, pues no sería lo mismo adaptarse a un poder que se encuentra empantanado que tratar de subirse al carro del vencedor.

## **LA GUERRA CONTRA EL TERROR**

Si el antihegemonismo/antiamericanismo en sus varias modalidades afecta a todas las relaciones exteriores de Estados Unidos, el aspecto más visible de su política internacional ha seguido siendo en el 2004 la “guerra contra el terror”, con Irak como su frente central, pero no en absoluto único. Afganistán ha seguido absorbiendo una parte de las energías americanas, militares y de todo tipo, pero a lo largo de todo el año ha mantenido crisis abiertas con los otros dos países mencionados expresamente en el discurso sobre el Estado de la Unión del 2002 como pertenecientes al eje del mal, Irán y Corea del Norte, precisamente en relación con sus aspiraciones nucleares.

Pero aunque la “guerra contra el terror” no es guerra, en muchos de sus aspectos, más que en un sentido figurado, como la guerra contra el sida o contra los accidentes laborales, tiene también dimensiones puramente bélicas en el sentido más estricto de la palabra. Si Irak está en la

mente de todos, Afganistán no ha dejado en ningún momento de ser un problema político y el escenario de continuas operaciones militares, bajo el nombre de Libertad Duradera, con diez y ocho mil soldados americanos, la mayor parte comandos, es decir, unidades de élite, con los que otros países colaboran con pequeños contingentes, sobre todo los anglosajones, pero también algunos de los más caracterizados opositores en la que hemos llamado guerra antihegemónica, como Francia, que de esa manera subraya el contraste entre lo que considera guerra legal e ilegal, al tiempo que el carácter no antiamericano de sus posiciones críticas respecto al hegemon.

Junto a esta conflictividad militar y diplomática, hay dos puntos de crisis siempre latentes a los que Washington no puede dejar de prestar su atención. Se trata de las otros dos potencias, además de Irak, designadas como miembros del eje del mal, Irán y Corea del Norte. Ambas preocupan en relación a sus programas nucleares, supuestos en el primer caso y confesados en el segundo. Irán además es acusado de seguir sosteniendo movimientos terroristas y por supuesto de interferirse en los asuntos iraquíes. Otro conflicto en el que Estados Unidos aparece perpetuamente implicado es el Israelo-Palestino. Pero tanto éste como el de Irak aparecen relacionados entre sí por un gran designio, que es concebido como el lado positivo y la dimensión profunda de la guerra contra el terror, el intento de extirpar las raíces del terrorismo yendo a sus causas, según la interpretación que se impuso en Washington a partir del 11-S.

## **LA REFORMA DEL ORIENTE MEDIO AMPLIO Y NORTE DE ÁFRICA**

Lo que Washington ha querido presentar como el lado positivo de esta guerra es el programa de reforma para el gran espacio inicialmente llamado Gran Oriente Medio y posteriormente Oriente Medio Amplio y Norte de África, abarcando desde Afganistán hasta Mauritania. La idea, planteada meses después de la invasión de Irak, no ha conseguido despegar en el curso del 2004, en parte porque no logró apoyos suficientemente rotundos en las citadas cumbres de mediados de año, en parte, del lado americano, por la distracción que suponía las circunstancias electorales internas, pero sobre todo, probablemente, porque la situación iraquí restaba fuerza a las prédicas democratizadoras de Washington. En todo caso el proyecto no se ha concretado y nada parecido a un plan específico ha salido todavía a la luz pública, si bien el objetivo central permanece incólume y no sólo se ha vuelto a afirmar en los discursos de investidura y,

pocos días después, sobre el Estado de la Unión de comienzos del 2005, sino que en esas nuevas formulaciones, totalmente genéricas, ha trascendido su demarcación geográfica inicial, que, ciertamente sigue siendo prioritaria, pasando a constituir el eje cardinal de toda la política americana, que ahora se propone expresamente luchar contra la tiranía, considerada como causa principal del terrorismo, utilizando como instrumento privilegiado la difusión de la “libertad humana”. Aunque el alcance de estas proposiciones es universal, a la hora de citar nombres sólo se ha mencionado a Arabia Saudí y Egipto, países de los que se espera, con muy buenas palabras, que asuman voluntariamente ese proceso de apertura democratizadora, y Siria e Irán, a los que se hace entender con veladas pero nada obscuras amenazas, que seguirán siendo objeto de vigilancia y presiones. El mundo árabe, por tanto, sigue siendo prioritario.

Esta concepción supone una réplica a la que suele predominar en el bando antihegemónico, según la cual la pobreza sería la causa profunda de todas las frustraciones que conducen a reacciones desesperadas de violencia, cuya manifestación política más extendida es hoy el terrorismo. Frente a esta idea, la administración Bush y sus defensores alegan que hay muchas sociedades que siendo pobres son perfectamente pacíficas y que los terroristas no suelen emanar de la pobreza sino que en su mayoría proceden de capas medias con un nivel de educación bastante alto y algunos, como Bin Laden, son francamente ricos. Según su interpretación, el fenómeno político del terrorismo yihadista tiene causas predominantemente políticas que hay que buscar en las frustraciones que engendra la represión, estancamiento y falta de perspectivas causados por el despotismo de los regímenes imperantes en los países que nos ocupan. Atajar el mal desde sus raíces requiere, por tanto, inducir una nueva oleada democratizadora como la que supuso la caída del comunismo y la desintegración del bloque soviético. El supuesto de partida de toda esta concepción, repetido hasta la saciedad por Bush en todas sus declaraciones públicas, es que libertad y democracia son valores humanos universales, no peculiaridades exclusivas de una civilización, la occidental.

## **Irak**

En muchos aspectos el dominante tema de Irak es un mero desarrollo de la herencia del año anterior. Cuando empieza el 2004 las expectativas asociadas a la rápida victoria en la fase convencional de la guerra ya se han disipado, y desde el final de ésta la política americana respecto a Irak ha dado

ya más de un bandazo para tratar de adaptarse a las circunstancias sobre el terreno. La oposición violenta contra el nuevo orden democrático que pretenden promover los americanos se ha ido afirmando a pesar de su limitada base social. La protagonizan los restos del aparato militar y de seguridad del régimen de Sadam y los yihadistas internacionales. Aunque con motivaciones ideológicas muy distintas, ambos son una emanación de la comunidad suní que represente algo menos del 20% de la población del país.

Esta composición de la resistencia se ha mantenido básicamente, experimentando evoluciones menores, pero sobre todo no ha dejado de crecer numéricamente a lo largo de todo el año, de forma que al finalizar el 2004 sus efectivos se evalúan entre el doble o el cuádruple de los que se estimaban un año antes (entre cinco y diez mil entonces frente más de veinte mil ahora), siendo así que en torno a quince mil han sido puestos ya fuera de combate, por muerte o arresto, aunque parte de los detenidos puedan no pasar de sospechosos. Tenemos por tanto que una de las características mayores del conflicto iraquí en el 2004 ha sido el crecimiento continuo de la insurgencia que no sólo no ha visto clarear sus filas como consecuencia de las acciones americanas sino que bien al contrario, éstas se han ido reforzando durante el período aquí cubierto.

Aunque ésta ha sido la tónica general, el año empezó con una cierta nota de esperanza para la administración Bush. Sadam Husein había sido detenido el 13 de diciembre anterior y la intensificación de los ataques terroristas que se había producido durante el mes islámico de Ramadán (de mediados de octubre a mediados de noviembre), no había mantenido su ritmo. Aunque las condiciones en las que Sadam fue capturado hacían ver que no podía ser él quien dirigiese a los paramilitares, se especulaba con el impacto supuestamente desmoralizador que su caída podía tener entre sus seguidores y con la reorganización a la que forzaría a los clandestinos la incógnita acerca de cuánta inteligencia proveniente de Sadam podría haber caído en manos de sus enemigos. Pero lo cierto es que aunque el número de acciones cayó con respecto a la ofensiva del Ramadán, recuperó en enero y febrero los niveles anteriores a ésta, manteniéndose así hasta abril en que los enfrentamientos centrados en las ciudades de Faluya y Nayaf dieron lugar a un nuevo pico.

### *La Ley Administrativa Transitoria (TAL)*

Hacia finales del 2003, Washington, empujado por la firme posición del ayatolá Sistanani que tiene detrás a la gran mayoría de la comunidad chií,

se embarca en una nueva estrategia política consistente en acelerar el calendario de la transmisión de poderes de la autoridad ocupante a una autoridad iraquí salida de las urnas. Dado el agravamiento de los problemas en el terreno de la seguridad, que obstaculizaban enormemente cuando no imposibilitaban de plano todo lo demás, empezando por la reconstrucción y el relanzamiento de la economía, el calendario, cuyo cumplimiento ha sido desde entonces el centro de los esfuerzos políticos de Estados Unidos en Irak a lo largo de todo el año, habría que considerarlo como una apuesta muy arriesgada, casi desesperada, más que como el fruto de un cálculo realista que se basase en el restablecimiento previo de una cierta normalidad, según los planes iniciales de Bremer, el enviado americano en Bagdad. El cambio atestiguaba la exigüidad de opciones con las que contaba la administración Bush de acuerdo con sus propias percepciones.

A finales de año anterior Paul Bremer, como jefe de la Autoridad Provisional de la Coalición (CPA, de sus siglas en inglés) prepara un documento legal en el que se configuran los pasos que habría que dar para construir las instituciones básicas de un estado iraquí independiente y democrático, bajo el nombre de Ley Administrativa Transitoria (TAL). Durante los dos primeros meses del año la vida política iraquí girará en torno a la adopción de ese proyecto y aunque Bremer negocie con los miembros del Consejo de Gobierno Iraquí designado por él mismo de entre las principales fuerzas políticas opuestas al anterior régimen, el gran interlocutor en la sombra será la más venerada de las autoridades religiosas chiíes, el gran Ayatolá Alí Al-Sistani, figura verdaderamente clave en el Irak de hoy, con una influencia moral entre sus feligreses difícil de exagerar.

El proyecto inicial americano preveía la constitución de una asamblea transitoria creada a partir de asambleas provinciales de notables, para mediados de año, considerando que se tardaría tiempo en reunir las condiciones administrativas mínimas para recurrir al sufragio universal. Sistani, negociando siempre a través de intermediarios, exige auténticas elecciones. Su posición es en todo momento acelerar el proceso por el que el poder ha de venir a las manos del grupo mayoritario en el país, sus correligionarios chiíes, y lo hace invocando siempre al principio fundamental de la democracia, el de “un hombre un voto”. La disputa llevará a los americanos, con la anuencia del líder religioso, a apelar a la mediación de las Naciones Unidas, que se habían retirado en agosto del año anterior, después de que su sede hubiera sido volada por los terroristas. A finales de enero el Secretario General Annan designa al diplomático argelino

Lakhdar Brahimi a la cabeza de una pequeña comisión que desarrollará sobre el terreno un intenso programa de entrevistas durante once días de febrero. Sobre la base de sus conclusiones Annan informa al Consejo de Seguridad de que es materialmente imposible celebrar elecciones antes de finales de año o comienzos del 2005 y sólo en el caso de que los trabajos organizativos, empezando por la elaboración del censo, comiencen de inmediato.

Tanto Bremer como Sistani lo aceptan y se fija como fecha tope para la consulta popular el 30 de Enero del 2005, manteniendo el 30 de junio del 04 para la transferencia de poderes a un gobierno interino. Pero no se terminan ahí los desacuerdos sobre el contenido de esa constitución otorgada y provisional que ha de regir todo el proceso de transición hacia la democracia (TAL). Bremer trata de influir de antemano en la futura constitución que habrá de elaborar la primera asamblea elegida tratando de dejar sentenciada la cuestión de las libertades fundamentales: de expresión, reunión, prensa, un poder judicial independiente, igualdad ante la ley. Trata de resolver la controvertida cuestión de la sharia reconociendo al Islam como religión del estado y proclamando que ninguna ley podrá violar los “principios universalmente acordados del Islam” pero rechazando la pretensión de que el Corán sea la fuente principal de la legislación. Difícilmente un precepto tan ambiguo podrá zanjar para el futuro una cuestión tan disputada, pero Sistani y sus partidarios decidieron sin duda no embarrancar el proceso por algo que indefectiblemente habrá de plantearse en las discusiones constitucionales.

La manzana de la discordia la constituyó el apartado 61c, destinado a permitir que tres de las dieciocho provincias pudieran impedir que la futura Constitución se aprobase en referéndum si en ellas dos tercios de los electores votaban en contra. Estaba destinado a proporcionar a los kurdos un veto con el que podrían bloquear cualquier intento de arrebatarles la amplia autonomía que vienen gozando desde casi el final de la Primera Guerra del Golfo, tras la invasión de Kuwait, preconizando, por tanto, un sistema federal, al menos en lo que a ellos concierne. De lo que apenas se habló entonces, y sin embargo no es menos importante, es que esta disposición proporciona también a los árabes sunitas la misma capacidad de veto contra cualquier constitución que considerasen perjudicial para sus intereses, extendiendo potencialmente el federalismo al triángulo suní.

A pesar de que el proyecto de Ley patrocinado por Bremer dotaba a los kurdos de una tan sustancial protección de su autonomía, éstos no

dejaron de expresar su descontento por el hecho de que en él no se regulase a su favor la cuestión de la ciudad petrolera de Kirkuk, que no pertenece a las provincias kurdas y que sin embargo la población norteña insiste en considerarla como suya. Aquí tenemos un problema con capacidad explosiva, legado a los constitucionales. Esta frustración de las expectativas de los más fieles aliados iraquíes de los americanos era una concepción hecha por igual a suníes y chiíes. Éstos últimos, sin embargo, convertidos en adalides de la unidad nacional, tampoco se quedaron satisfechos con el “veto kurdo”. En el tira y afloja de comienzos de marzo el delegado de Washington se mantuvo firme y finalmente fueron Sistani y sus partidarios los que cedieron, dejando claro que lo revisarían todo en los futuros trabajos constitucionales. Aún así pareció que el pulso continuaba tras la ratificación de la TAL por el Consejo de Gobierno Iraquí el 8 de marzo y que los chiíes, si con el apoyo de su líder o desbordándolo no quedó claro, llevaron por un momento la confrontación a la calle con manifestaciones multitudinarias en el sur del país.

Ese desafío a la Autoridad ocupante hubiera podido suponer una crisis de primera magnitud, pues el entero edificio de la empresa americana en Irak se ha basado en todo momento en la aceptación, por condicionada y renuente que fuera, de la mayoría chií, la cual vivió el derrocamiento y finalmente captura de Sadam como una auténtica liberación, pero que jamás se consideró en deuda con los americanos, en la idea de que éstos los habían traicionado en el 91, tras la guerra, cuando por incitación, supuestamente, de Bush padre, se levantaron contra el tirano y, abandonados por Estados Unidos, fueron asesinados por docenas de miles. A diferencia de los kurdos, para quienes la presencia de tropas americanas es una bendición, los chiíes la aceptan como un mal irritante y grave pero menor que el restablecimiento del dominio de la minoría suní, ya sea bajo fórmula baasista como yihadista. A finales de marzo las manifestaciones remitieron rápidamente, justo en el momento en que la fatídica posibilidad de un conflicto con la comunidad chií iba a tomar el amenazador cariz de una insurrección armada.

### *La crisis de abril y agosto*

El nuevo momento crítico se planteó inicialmente como un episodio de la lucha contra los insurgentes en el llamado triángulo suní, al oeste y norte de Bagdad. El lugar, la ciudad de Faluya, a unos cincuenta kilómetros de la capital. Los acontecimientos de Faluya en abril tuvieron la máxima importancia. El hecho de que las tropas se retirasen dejando la segu-

ridad de la población en manos de fuerzas locales mandadas por un general del antiguo ejército de Sadam, después de que se hubiera elegido la rebelde ciudad como el lugar donde infligir un castigo ejemplar a la insurgencia, representaba una zigzag táctico y quizás estratégico espectacular. La decisión era totalmente política y contraria a la opinión del mando de los infantes de marina que estaban llevando a cabo la operación.

Podía significar un sorprendente acomodo con las fuerzas supervivientes del régimen baasista, buscando la pacificación de la comunidad suní a base de tolerar una amplia autonomía en el control de sus ciudades. O podía ser simplemente una forma de ganar tiempo en el momento más delicado desde que se dio por concluida la fase de operaciones militares convencionales hasta las elecciones de enero del 2005. Si de lo primero se trataba hay que decir que el experimento hizo agua de forma inmediata. La policía local no sirvió en absoluto para meter en cintura a guerrilleros y terroristas que ya previamente habían elegido la ciudad como base y que inmediatamente la convirtieron en un santuario donde guardar a los rehenes capturados, almacenar explosivos, preparar bombas y organizar acciones. A las pocas semanas estaba claro que Faluya era una espina que se estaba enconando y que habría que extirpar. Pero conociendo los intratables problemas de la guerra urbana, los costes en la guerra psicológica fueron juzgados insoportables por una administración americana en plena campaña electoral. Pero pronto quedó claro que el momento llegaría inmediatamente después de los comicios.

La decisión de “abandonar” Faluya fue muy criticada en Estados Unidos por los defensores de la guerra, considerándola uno de los más graves errores estratégicos cometidos por los responsables políticos americanos. Se trata de uno de esos juicios cuyo fundamento es difícil de demostrar. Lo que vino después pareció darles la razón a los críticos, pero como siempre acontece, el problema es que no sabemos lo que hubiera podido suceder si los combates hubieran continuado en el interior de la ciudad. Lo probable es que las bajas civiles hubieran sido altísimas, con implicaciones morales y efectos propagandísticos absolutamente adversos. Vaciar la ciudad antes de proceder al asalto, como se hizo más tarde en noviembre, es una operación de gran envergadura que requiere largos preparativos, especialmente teniendo en cuenta la escasez de tropas americanas en relación con las misiones que tienen que asumir.

Por otro lado el momento era de delicadeza extrema, porque fue aprovechado por el disidente chií Muqtada Al Sadr para lanzar un desafío

directo a los ocupantes, pretendiendo hacer causa común con la insurgencia suní. Aunque militarmente de menor entidad, por la bisoñez de sus milicianos, la insurrección sadrista era especialmente peligrosa para la empresa americana, precisamente por provenir de la rama islámica mayoritaria en el país, hasta el momento absolutamente opuesta a la restauración no ya del sadamismo sino de cualquier forma de supremacía suní. Si grave para los americanos era declararse impotentes ante un bastión de guerrilla y terrorismo suní como Faluya, más grave todavía era la posibilidad de que surgiese una oposición armada entre los chiíes, que los dividiese primero y los arrastrase después a un enfrentamiento frontal con las tropas internacionales. En ese momento todo estaría perdido para el gobierno americano, incluso si ese alzamiento no llegaba a coordinarse con el de los radicales suníes. Pero ya sería un monumental desastre que, aún sin acciones armadas, se extendiese una ola de manifestaciones de protesta contra la ocupación. Todo lo que girase al campo chií en contra de los americanos podría representar para éstos una catástrofe verdaderamente insuperable.

Al principio la revuelta se extendió por varias ciudades del sur, donde fue reducida con relativa facilidad, quedando finalmente confinada a Nayaf, donde soldados y marines americanos no tuvieron mayores dificultades en infligir un duro castigo a los entregados pero inexpertos guerreros del Ejército del Mahdi, nombre de las milicias seguidoras de Múqtada Al-Sadr. Lo importante es que el exaltado radicalismo de Al-Sadr, aunque le proporciona una base de poder apreciable, sobre todo entre los jóvenes chiíes desempleados y pobres de Bagdad, nunca caló muy hondo en el resto de su comunidad religiosa, que no ha dejado de verlo con desconfianza, prefiriendo decididamente el liderazgo moral de Sistani y el político de los partidos tradicionales que respetan las orientaciones del gran patriarca.

Tras esta primera derrota Sadr buscó el desquite en agosto, atrincherándose en la mezquita del imán Alí, en Nayaf, algo así como la basílica de San Pedro de los chiíes, volviendo a sufrir una derrota militar administrada con todo el cuidado posible en tales circunstancias, dada la extrema sensibilidad de los sentimientos religiosos en juego, los cuales Sadr pretendía movilizar a su favor, y una desactivación política gracias a la hábil mediación de Sistani, que una vez más consiguió mantener básicamente unida su mayoría y de paso salvar a los americanos del más peligroso escollo con el que podían encontrarse, para que así pudiesen seguir realizando el trabajo sucio de enfrentarse con los terroristas del campo rival

suní que en los meses posteriores buscarían cada vez más abiertamente provocar la guerra civil con sus hermanos separados, a los cuales desprecian intensamente por considerarlos heréticos y además ahora, para mayor escarnio, por colaboracionistas.

### *Elecciones*

Para entonces ya se había realizado a finales de Junio la transferencia de poderes a un gobierno interino. Su capacidad de tomar decisiones respecto a su predecesor, el llamado Consejo de Gobierno, aumentó notablemente pero su dependencia de las tropas internacionales para luchar con la guerrilla seguía siendo prácticamente la misma. Sin embargo los programas de formación de fuerzas de seguridad propias se habían acelerado y estas fuerzas ya tuvieron una participación útil en agosto, en Nayaf. Se convirtieron en el objetivo primario de los ataques terroristas, pero a pesar de las tremendas bajas que han sufrido nunca desde entonces han tenido problemas de reclutamiento. Su participación se incrementó cuando inmediatamente después de las elecciones americanas se llevó a cabo la gran operación de limpieza de Faluya y su gran momento llegó el 30 de enero, cuando a pesar de las graves pérdidas que paulatinamente ha ido experimentando, consiguieron proporcionar seguridad a la mayoría de los centros electorales del país.

El éxito de las elecciones puede considerarse rotundo, dado que el impedir las era el objetivo estratégico primario de todos los componentes de la insurgencia suní. Para los americanos y la mayoría de los iraquíes que deseaban vivamente que se celebrasen es una alentadora victoria pero no es el fin de nada. Terroristas y guerrilleros han sufrido un rudo golpe psicológico, pero mantienen sus capacidades y propósitos intactos. Su objetivo ahora es impedir que funcionen las nuevas instituciones. Para la administración Bush, habiéndose fijado el éxito final como única “estrategia de salida”, esto es, un sistema político responsable ante su pueblo y capaz de defenderse a sí mismo, las opciones de las que dispone son escasas. A comienzos de febrero todo apunta a que el énfasis va a ponerse en intensificar la formación de tropas, guardias y policías locales con la esperanza de poder retirar hacia final de año tropas propias por un monto de unos 15.000, reduciéndolas a unos 120.000. Para entonces, si las previsiones se cumplen los iraquíes habrán tenido otras dos citas con las urnas, primero en octubre para refrendar la nueva constitución —si se ha concluido a tiempo— y luego para elegir asamblea legislativa ordinaria. A la vista de las dificultades del 30 de enero, el desafío parece ciclópeo.

## Afganistán

Irak polariza la mayor parte de las energías militares americanas y afecta a toda su política exterior, pero no es la única guerra en la que Estados Unidos están implicados. Las fuerzas de los talibán y de AlQaida se han mantenido en el sur de Afganistán y a caballo sobre la frontera con Pakistán, actuando continuamente para desestabilizar el gobierno de Kabul, respaldado por los americanos y la comunidad internacional. Muchos países opuestos a la guerra de Irak han prestado su apoyo a militar al gobierno de Karzai como forma de proclamar la diferencia entre una guerra legal, es decir, respaldada por una resolución del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y otra que no lo es. Ese apoyo sirve igualmente para establecer la distinción entre un antiamericanismo indiscriminado, con el que no quieren sentirse identificados, y el repudio de una política unilateral y unilateralista. Sin ese punto que demostrarse a sí mismos y al mundo entero todo hace suponer que el compromiso internacional con la reconstrucción afgana flaquearía notablemente. Tal como es, puede que represente el tope máximo de eficacia que el multilateralismo es capaz de alcanzar, lo que significaría el aseguramiento, imperfecto, de una ciudad a lo largo de tres años.

Hay que tener en cuenta otros factores. En Afganistán se ha dado una división de trabajo que se ajusta más o menos a ese poco glorioso lema de “nosotros cocinamos y vosotros fregáis los platos”. No hay que aclarar quién hace lo uno y quién lo otro. Los americanos no han aportado fuerzas a los cascos azules, cuya misión ha estado prácticamente dirigida por OTAN. Sus fuerzas se han concentrado en la misión de perseguir por remotas aldeas y agrestes montañas a los restos de los talibán y AlQaida. En total unos 18.000 mujeres y hombres, casi todos de unidades especiales, con algunas adiciones de otros países, sobre todo anglosajones. Su *modus operandi* ha agravado algunos problemas al tiempo que trataba de solucionar otros. La lógica del conflicto les ha llevado a poco escrupulosas alianzas con “señores de la guerra” que constituyen una parte esencial de la ingobernabilidad del país.

En todo caso, parece que la tarea de limpieza de enemigos armados ya ha llegado bastante lejos, lo que posibilitó que las aplazadas elecciones del 6 de octubre fueran un gran éxito, precursor del de las iraquíes, y en él, lo mismo que en el país mesopotámico, se han conjugado una debilidad de los violentos mayor de la que se les atribuía, una eficacia de las diversas fuerzas del orden, americanas, internacionales y locales, superior a la que

se calculaba, y sobre todo una férrea voluntad del pueblo afgano para determinar por si mismos su destino, arrojando riesgos y penalidades sin cuento, todo ello por encima de las pesimistas expectativas que parecían razonables. Lo mismo que se ha dicho de Irak, los comicios afganos no resuelven de la noche a la mañana los inmensos problemas de un país atrasado, destrozado y étnicamente fragmentado. El fracaso hubiera precipitado al país en el caos. El éxito permite seguir adelante. El peligro está en que el enorme triunfo moral, que materialmente representa sólo una pequeña mejora, haga desaparecer al país del radar internacional, dejándolo caer en el olvido, cuando la no demasiado generosa ayuda exterior sigue siendo indispensable para salir adelante. Afortunadamente a comienzos del 2005 eso no parece suceder y al calor de las elecciones iraquíes se han renovado los compromisos internacionales con el país centroasiático, parca ayuda que le permitirá seguir renqueando hacia delante.

## **Irán y Corea del Norte**

La prioridad estratégica americana desde el 11-S, la “guerra contra el terror”, no sólo ha llevado a la gran potencia a emprender guerras clásicas y episodios de ocupación problemática y costosa reconstrucción, sino que por añadidura ha incrementado todavía más la ya enorme importancia que Washington atribuye desde hace muchos años a la no proliferación nuclear, llegando a designar nominalmente a potenciales candidatos a una guerra preventiva, si otros métodos no los convenciesen de renunciar al armamento tabú. Se trata de los países incluidos en el “eje del mal”, del Discurso sobre el Estado de la Unión del 2002. Con Irak fuera de combate, quedan Irán y Corea del Norte. Con ambos, Estados Unidos y en cierta medida, en este caso, la comunidad internacional, han mantenido abierta en el curso del año una crisis que viene de muy atrás y se proyecta al futuro, pero que no ha hecho más que agravarse en el 2004, como si su desenlace estuviera ya próximo.

En parte por la naturaleza misma de cada uno de los problemas, en parte como acomodo a la viva reacción internacional antiunilateralista, en parte por el empantanamiento de su poder militar en el cenagal iraquí, Washington ha enfocado ambas cuestiones con métodos multilaterales, si bien han sido los plurales y privilegiados lados de esos artilugios diplomáticos poliédricos los que se han opuesto, en contra de la voluntad americana, a recurrir al *sancta sanctorum* del multilateralismo universal, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, sobre todo en lo que respecta a Irán.

## *Corea del Norte*

Corea del Norte ha estado jugando abiertamente con todos sus vecinos, los cuales comparten idéntica preocupación por la peligrosidad de la partida en la que se ven implicados. No sólo violó el Tratado de No Proliferación Nuclear del que era firmante y del que terminó saliéndose para seguir haciendo lo mismo pero sin tratado, sino también compromisos bilaterales con Estados Unidos respaldados por Japón y Corea del Sur. Primero desarrolló clandestinamente un programa de adquisición de plutonio, luego de uranio enriquecido, ambas materias primas para la construcción de bombas, y finalmente reconoce poseer éstas, tal y como se sospechaba, pero sin que se puede tener certeza absoluta de que está diciendo la verdad, puesto que nunca ha permitido a los inspectores de la Agencia Internacional de Energía Atómica que hagan su trabajo sin restricciones. Sadam Husein decía no poseer ni los materiales ni los programas para desarrollarlos, pero hacía absolutamente todo para que propios y extraños se convenciesen de que la verdad era exactamente lo contrario. ¿Estará también Kim Jong-Il jugando al farol?

Cómo los más amenazados por esa peligrosa ruleta coreana son sus vecinos inmediatos, todos ellos países poderosos en grado diverso, la diplomacia americana se ha centrado en huir de la relación bilateral preferida por los comunistas del norte de la península, forzándolos a entrar en un círculo de conversaciones formado por los dos antagonistas directos más Rusia, China, Japón y Corea del Sur. Los del Norte entran, bloquean, se retiran provisionalmente, amenazan con romper de manera definitiva, se reintegran y paulatinamente van escalando las revelaciones sobre su arsenal y potencialidades sin mostrar nunca nada que sea en realidad probatorio. Buscan que les garanticen la supervivencia del régimen posiblemente más abominable de la tierra y para ello que les proporcionen con qué dar de comer a sus ciudadanos. Esa es la papeleta con la que el conservador Bush se ve enfrentado y para cuya solución trata que los más directamente afectados arrimen el hombro. Con la palmaria confesión de Pyongyang el año 2005 promete ser candente en este tema. De momento Estados Unidos no ha planteado nada que no sean las conversaciones a seis bandas.

## *Irán*

Irán nunca se ha retirado del Tratado de No Proliferación y pretende no haberlo burlado en ningún momento. Es más, asegura no aspirar en abso-

luto a la bomba. Sólo que desarrolla un programa de enriquecimiento de uranio que resulta altamente sospechoso, oculta muchas de sus instalaciones y las facilidades que proporciona a los agentes del organismo competente de Naciones Unidas, la Agencia Internacional para la Energía Atómica, para realizar las inspecciones previstas en el Tratado dejan mucho que desear. Irán ha explotado al máximo los resquicios legales que el Tratado dejó abiertos. La pregunta que todo el mundo se hace es para qué un país que nada en petróleo y gas natural necesita un programa nuclear tan agresivo. Por razones meramente tecnológicas, responden los responsables del régimen islámico. Para estar a la altura de las naciones más avanzadas en un campo tan importante del conocimiento actual. Así de inocente. Pero otras naciones mucho más ricas y avanzadas renuncian a ello, mientras que Irán, al concentrar sus limitados recursos en ese sector está abandonando otros mucho más significativos para el progreso científico y el desarrollo moderno.

En el juego diplomático los protagonistas están siendo el trío de grandes europeos: Francia, Alemania y el Reino Unido. Juego complicado en el que no todo lo que parece es y mucho de lo que es no aflora a la superficie. No se trata de la Unión Europea, observemos en primer lugar, sino de sus tres tenores, dos de los cuales dicen siempre anteponer lo unitario a lo nacional. Inglaterra juega esta vez la carta de la proximidad a sus amigos europeos más importantes, que no es la misma que la de la Unión, lo que le sirve para restañar heridas procedentes de la crisis de Irak y tratar de contener a su socio mayor en aquella a fin de que no se lance a una nueva aventura que situaría al exhausto Blair ante opciones desgarradoras.

Lo que el trío ofrece son ventajas económicas a cambio de renuncia al programa de enriquecimiento del combustible nuclear. Parece poco frente a lo que supone de suplemento de poder extra la adquisición del arma nuclear. Los ayatolás buscan seguridad para su país en un entorno inestable donde los peligros nunca dejan de acechar, con muchas potencias nucleares a tiro de misil: Israel, Rusia, Pakistán, India y hasta hace poco, pretendidamente, Irak. En el futuro, quién sabe. La realidad es que barridos los talibán de su flanco oriental y Sadam del meridional, las intervenciones americanas han tenido la virtud de mejorar sustancialmente la seguridad de los persas al incómodo precio de instalar en sus proximidades, al menos de momento, a las mismísimas tropas del Gran Satán americano, que tienen un pié en todos los puntos cardinales del entorno iraní. Buscan también los amos de Teherán estar en posición de hacer valer sus

aspiraciones a la hegemonía regional, a la que por historia y geografía se creen con derecho.

Pero ante todo su pretensión primordial es la misma que la de los comunistas norcoreanos, la supervivencia de un régimen amenazado por el profundo descontento de su propia población. En ese sentido, los incentivos económicos que ofrecen los europeos no son desdeñables, pues una fuente de descontento popular es la incapacidad de los islámicos para realizar una gestión económica que ofrezca perspectivas alentadoras. Pero parece que siguen valorando más la garantía nuclear. El juego, amen de peligroso, es sumamente complicado y difícil de desentrañar. ¿Creen realmente los jomeinistas que pueden llegar hasta el final o sólo quieren retener esa baza hasta un momento más avanzado de la negociación, en el que aparecerán sobre la mesa otros premios de mayor entidad? Y ¿creen en verdad los europeos que con sólo cebos económicos van a torcer la voluntad de un régimen que se siente amenazado desde dentro?

La gran complejidad reside en lo que no se discute, al menos abiertamente y con el triunvirato europeo, quién sabe si en la trastienda, con los americanos, a través de intermediarios. Porque Irak es parte sustancial de la ecuación. Lo que suceda en Irak interesa vitalmente al régimen persa. Soñaría ejercer allí su influencia a través de sus correligionarios locales al tiempo que el entusiasmo de éstos por la democracia y su espíritu nacionalista pueden resultarles una amenaza. Las espadas están en alto. El tira y afloja puede romper la cuerda en cualquier momento. Los americanos no cuentan con la opción de invadir, no al menos mientras que Irak no mejore radicalmente y eso es una cuestión de años. Pero dos cosas dejan absolutamente claras: Ayatolás con bombas es totalmente inaceptable y, en segundo lugar, la opción del bombardeo de las instalaciones asociadas con los programas nucleares se mantiene abierta en todo momento. El tiempo apremia. Las incógnitas iraquíes tardarán en despejarse pero Irán está a punto de alcanzar la autonomía tecnológica que le permitirá seguir desarrollando sus programas sin dependencia exterior. Ese es el punto que los americanos —y los israelíes— consideran de no retorno y al que están dispuestos a impedir que lleguen los iraníes.

Washington desea llevar el asunto al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas y de esa forma multilateralizar las sanciones que hasta ahora lleva imponiendo por su propia cuenta, con gran sacrificio para sus intereses económicos y grandes ventajas para los competidores europe-

os, que así están resultando ser fervientes conversos al trilateralismo, con una decidida preferencia por dejar de lado en este caso al organismo neoyorkino.

## **El conflicto israelo-palestino**

El llamado conflicto de Oriente Medio, es decir, el israelo-palestino, es en principio marginal a la “guerra contra el terror” y antes de que ésta se planteara tras el 11-S, en los primeros tiempos de la administración Bush, el propósito de los nuevos inquilinos de la Casa Blanca era considerarlo tanto intratable como algo que no concernía a los intereses directos de los Estados Unidos, y en el que por lo tanto no deberían implicarse muy a fondo. Una tan brusca inversión de la política tradicional suena un poco ingenua y en todo caso los avatares de la “guerra contra el terror” la hicieron inviable. El conflicto se halla en el corazón de toda la problemática mediorienta y árabe, sencillamente porque así lo perciben y lo quieren los árabes.

La demonificación absoluta del terrorismo en todas sus formas a partir de los ataques de AlQaida inexorablemente ha sido agua para el molino de Sharón y ha ido en detrimento de la política asociada con Arafat. Por otro lado no se veía posibilidad de dar una sacudida democrática al Oriente Medio sin coger por los cuernos el problema palestino. Ya en la crisis que precedió a la invasión de Irak, Bush esbozó un cierto *quid pro quo*, insinuando que el derrocamiento del tirano de Bagdad tendría repercusiones positivas para la causa palestina y, a pesar de todo su apoyo a Sharón mientras el terrorismo está por medio, ha sido el primer presidente norteamericano en proponer la creación de un estado palestino. Pero Arafat no supo o no quiso contener el terrorismo y Bush ha contemplado impasible cómo avanzaba el muro, dilapidando la posibilidad de una actitud mediadora. La muerte de Arafat ha creado oportunidades que la segunda administración Bush se ha mostrado pronta en explotar, con lo que a comienzos del 2005 nos encontramos con otra importante pieza del tablero medio-oriental que, tras cinco años de inmovilismo, podría estar en situación de avanzar a lo largo del año.

## **EL FRENTE INTERIOR**

El énfasis que el presidente Bush ha puesto en la “guerra contra el terror” y su particular concepción de la misma, con las intervenciones mili-

tares que de ella se han derivado, ha sido objeto de una polémica interna tan intensa como la que ha tenido lugar a escala internacional. Las dificultades y fracasos en esa vasta empresa exterior se han reflejado en los vaivenes de la popularidad de George Bush que no ha dejado de disminuir desde el anómalo pico alcanzado en los días posteriores a los ataques terroristas de Nueva York y Washington. De manera especial, el apoyo popular a la guerra de Irak ha ido experimentando una erosión continua situándose en varios momentos por debajo del 50%.

## **Elecciones y guerra**

En esas circunstancias, nada tiene de extraño que los demócratas hayan elegido el tema de la conducción de la guerra como el central de su campaña para derrotar al presidente en funciones, mientras que éste trataba de apartar un tanto la atención pública del escenario iraquí para dirigirla hacia el fenómeno en su conjunto, la lucha global contra el terrorismo, en el que obtenía mejores calificaciones populares. En una u otra forma la guerra presidió toda la campaña como no lo había hecho desde la época de Vietnam, arrumbando los temas específicos de política interior, que no adquirieron cierto protagonismo hasta la fase final. Pero dado que el público americano no pone en duda la necesidad de llevar a cabo una lucha enérgica y por todos los medios contra la amenaza terrorista y que el mismo candidato demócrata votó a favor de la intervención en Irak, la cuestión que se dirimió a lo largo de todo el año fue la idoneidad de cada candidato para llevar a cabo esa lucha de la forma más eficaz posible.

John Kerry creía contar con una ventaja sustancial: su papel en Vietnam y las tres medallas que allí obtuvo, mientras que por las mismas fechas George Bush hacía su servicio militar en la Guardia Nacional de las Fuerzas Aéreas, sin salir del territorio nacional. De esta manera, en la fase inicial de la campaña, la guerra que dominó el esfuerzo propagandístico fue la de hace cuarenta años y no la actual. Plantear la batalla en ese terreno terminó resultando un monumental error estratégico por parte de los demócratas. La actuación de Kerry como enconado crítico a la guerra de entonces, en cuanto terminó su servicio militar, con graves acusaciones a los que en ella combatieron, no fue perdonada por muchos de sus antiguos compañeros, mientras que su largo historial parlamentario parecía atestiguar un sesgo sistemático contra el uso de la fuerza, solamente interrumpido cuando los intereses de su carrera política estaban en juego. *Flip-floper* (veleta) fue la acusación más insistentemente lanzada contra él

desde el campo republicano, haciendo prevalecer entre éstos la doble imagen de izquierdista y oportunista. Al final Bush convenció a un mayor número de indecisos de que sus credenciales como comandante en jefe superaban a los que Kerry podría aportar. Una victoria por un margen de un tres por ciento depende de muchas cosas, pero ese factor jugó un papel decisivo.

La campaña, a su vez, trató de poner sordina a la guerra e indujo al aplazamiento de algunas decisiones cuyos efectos podrían repercutir desfavorablemente en el electorado, como la extirpación del absceso de Faluya. La estrategia elegida por el partido republicano, pero también, sin duda, la propia personalidad del Presidente, llevaron a una política declarativa que minimizaba el reconocimiento de las dificultades y se reafirmaba incesantemente en el de los objetivos finales. En medio de la batalla por la reelección y sometidos al implacable fuego de los rivales políticos se juzgó que no era el momento para reconocer errores, de modo que la respuesta a las críticas del bando demócrata fue el *mantenella* y *no enmendalla*, al tiempo que el Presidente reiteraba una vez tras otra su inmovible convicción de que la democracia es un valor universal al que todos los pueblos se adhieren si se les da la oportunidad y nada por debajo de ello debería ser el objetivo buscado por su país en Irak. Frases y párrafos contundentes en ese sentido se fueron repitiendo a lo largo del año en todos los discursos y declaraciones en los que se abordó la política exterior.

### **La cuestión de la inteligencia sobre Irak**

Esta posición, tanto de principio como de conveniencia electoral, respondía también a otra de las constantes que han dominado el panorama político y estratégico americano en el 2004. El gobierno en pleno y el Presidente en su calidad de candidato se han visto continuamente acosados por el debate acerca de la inteligencia sobre armas de destrucción masiva en Irak y el uso que de ella hizo la administración en los orígenes de la guerra.

En realidad, cuando el año comienza, quedan ya pocas dudas de que las problemáticas armas se pudieran encontrar en territorio iraquí, pero subsisten todas las incógnitas del mundo respecto a lo que con ellas pasó. Aunque nunca se llegará a resolver la totalidad de los interrogantes, muchos han sido aclarados por los minuciosos trabajos del *Iraq Survey*

*Group*, organizado a la vista del fracaso de los militares en la búsqueda inicial de las armas que tanta importancia tuvieron en el desencadenamiento de la guerra. El carácter absolutamente improvisado de esas primeras indagaciones se puede contabilizar como uno de los muchos y graves fallos en la planificación de la inmediata posguerra. Hasta tal punto se confiaba en que iban a resultar visibles con sólo mirar alrededor que a nadie se le ocurrió preparar una búsqueda profesional y minuciosa, lo cual explica también la poca importancia que se dio a las múltiples deficiencias de los informes al respecto de las agencias de espionaje. Políticos y militares y casi con toda seguridad los propios funcionarios de esas agencias confiaban ciegamente en que la realidad supliría inmediatamente las lagunas de la información. Se trataba de llegar y ver, apenas si habría que buscar.

Como las búsquedas a cargo de grupos militares en las primeras semanas posteriores a la guerra fueron de decepción en decepción, se organizó en Washington un nutrido grupo de técnicos con muy diversas especialidades, dirigido por el científico David Kay, antiguo inspector de la misión de Naciones Unidas para el desarme del Irak de Sadam. En octubre del 2003 presentó un primer informe provisional en el que ya apuntaba su escepticismo respecto a la posibilidad de encontrar el armamento. En enero dimitió, recomendando que los trabajos continuasen y que se formase una comisión independiente que investigase la inteligencia previa a la guerra, pues los errores de recogida y evaluación habían sido tan grandes que probablemente sería necesario remozar todo el sistema de inteligencia. Ante el Comité de Fuerzas Armadas del Senado pronunció una frase que se hizo famosa: “Resulta que a mi juicio, probablemente, todos estábamos equivocados. Y eso es muy inquietante”. El “todos estábamos equivocados” resultó ser la más exacta descripción de lo que había sucedido respecto a las certezas y sospechas anteriores a la guerra, y nada se ha sabido después que demuestre lo contrario.

Pero las palabras de Kay, que dieron muchas veces la vuelta al mundo, experimentaron en importantes sectores una transmutación instantánea y extraordinaria. El muy preciso “todos estábamos equivocados” se transformó como por arte de magia en el devastadoramente acusador “ellos mintieron”. Puede decirse que esta diminuta inversión de significados o más bien radical tergiversación de una pequeña frase ha constituido un ingrediente básico del clima político y el entorno estratégico del 2004. En Estados Unidos y en otros muchas partes las diversas oposiciones se la apropiaron con fervor y la usaron enérgicamente con convicción e insistencia, aunque con varia fortuna, contra los ocupantes del poder que

habían apoyado el derrocamiento de Sadam, contribuyendo de manera intensa a mantener una atmósfera de desconfianza y descrédito respecto a todo lo que venía aconteciendo en Irak, creando estados de opinión que no reflejaban simplemente los acontecimientos sino que tuvieron una poderosa incidencia sobre ellos.

Además de esa humilde frase, convertida en su demoleedor opuesto, el informe Kay contenía conclusiones muy reveladoras. Irak había tratado de lanzar su programa nuclear en el 2001 y el 2002, después de que a finales del 98 hubiese expulsado a los inspectores de Naciones Unidas, si bien no logró sobrepasar un nivel muy rudimentario. La gente de Kay había descubierto incluso que algunos científicos habían estado desarrollando programas ficticios para seguir beneficiándose de sus dotaciones presupuestarias. Este es un hecho extraordinario que deja en el aire incógnitas que no lo son menos. Llevar a cabo una mistificación de ese calibre en el Irak de Sadam era, literalmente, jugarse la cabeza y resultaba imposible hacerlo sin la connivencia de los servicios de seguridad más próximos al dictador, que eran quienes controlaban todos los programas técnicos y científicos relacionados con las armas de destrucción masiva. Muchas cosas se han llegado a saber de la misteriosa corte del déspota de Bagdad, pero el enigma de quién engañaba a quién, cómo, en qué y cuándo no ha llegado a desvelarse del todo. El clamor de las apasionadas acusaciones de mentira ha tendido a eclipsar las preguntas pertinentes.

Tras la dimisión de Kay se hizo cargo de la dirección del Grupo su número dos, el también ex-inspector de Naciones Unidas, Charles Deulfer, y los trabajos continuaron, examinando decenas de miles de documentos que sobrevivieron a la extensa labor de destrucción de los hombres del régimen baasista, e interrogando a centenares de personas implicadas en todo lo relacionado con el armamento prohibido. Deulfer presentó en octubre su informe final de 900 páginas, que añadía muchos detalles a lo ya más o menos sabido. Según su informe, Bagdad confiaba en que las sanciones, violadas ya en los últimos tiempos de mil maneras, terminarían colapsando más que siendo formalmente levantadas y había tomado medidas para preservar su capacidad de reconstruir los programas de desarrollo de armas de destrucción masiva en el mínimo plazo posible.

Entre medias de ambos informes, en torno al mes de julio, se concluyeron otros no menos importantes sobre temas afines y no sólo en los Estados Unidos. El de la comisión sobre los orígenes del 11-S resultó una obra monumental y un justificado *best-seller*, en cuanto se publicó en

forma de libro, pues muchas partes se leen casi como literatura de intriga. Entre sus capítulos de mayor trascendencia se cuenta el que contiene recomendaciones para la reforma del sistema de inteligencia americano, muchas de las cuales, frente al escepticismo inicial sobre su puesta en práctica, se habían convertido ya en ley a finales del año o en el primer mes del 2005.

En el mismo sentido abundaba el informe de la comisión bipartidista del Comité de Inteligencia del Senado, circunscrita precisamente al estudio de la inteligencia sobre Irak previa a la guerra. Ambas han sido muy críticas con los métodos y prácticas de la comunidad de inteligencia americana pero ninguna ha sustanciado las acusaciones de manipulación de la inteligencia por parte de los gobiernos. Lo mismo se puede decir del informe Butler en Inglaterra y de los informes australianos análogos. Sin embargo la segunda parte de los trabajos de la comisión emanada del Comité de Inteligencia del Senado está todavía en curso y versa precisamente sobre la utilización que el gobierno hizo del material de inteligencia. Aunque no se esperan revelaciones sensacionales, siempre podrá haber alguna sorpresa y cabe suponer que surgirán detalles u precisiones importantes.

La crítica contra la gestión llevada a cabo por el gobierno Bush en el largo camino que condujo a la guerra se compendia en último término, en la acusación de que falsificaron los datos de los servicios de información y mintieron a conciencia respecto a las armas de destrucción masiva, lo cual ha llegado a convertirse en el dogma central del antibushismo, factor de movilización ideológica que configura de manera poderosa y eficaz la atmósfera o ambiente estratégico en el que los Estados Unidos han llevado a cabo su acción en el mundo en el 2004.

Esa convicción acusatoria ha sido alimentada por toda clase de fuentes, algunas, como las palabras de David Kay citadas más arriba, que venían a afirmar prácticamente lo contrario. Un papel importante en esa guerra de palabras lo han desempeñado una serie de libros de memorias que han ido apareciendo en el 2004 en Estados Unidos. Los autores han sido gentes que participaron en la administración Bush y luego se convirtieron en críticos más o menos encarnizados de la misma. Los que adquirieron mayor notoriedad son los del que fue secretario del tesoro Paul O'Neill, el del que fue "zar" antiterrorista Richard Clark, y a finales del año el del antiguo responsable en la CIA de la lucha contra Al Qaida, bajo el pseudónimo de Anonimus. Todos han añadido leña al fuego, sin que nin-

guno haya podido aportar pruebas de tergiversación de la inteligencia o actuación en contra de las convicciones, pero todos han contribuido al mantenimiento de un clima que incide en la realidad porque afecta a las opciones disponibles y crea influyentes estados de opinión que constituyen uno de los datos de la realidad estratégica.

## **Derechos humanos y guerra contra el terror**

A esa realidad mental, con tantas implicaciones prácticas, ha contribuido también otra importante polémica muy viva en todo el 2004. Se refiere al respeto de los derechos humanos en la lucha contra el terror. Mientras que las críticas a la *Patriot Act*, que aumenta los poderes de las autoridades públicas en detrimento de los derechos de los sospechosos de relaciones con el terrorismo han remitido un tanto, aun manteniéndose (a la vista de que resultaba obvio que salvo en casos muy puntuales su aplicación no estaba cercenando los derechos de los ciudadanos y toda la amplia bibliografía ferozmente anti-Bush que se aducía como prueba). La cuestión de los detenidos en Guantánamo ha mantenido una constante dimensión internacional y, aunque los tribunales americanos no han invalidado la doctrina de la Administración según la cual los detenidos no están cubiertos por las convenciones de Ginebra puesto que no son “combatientes regulares”, el poder judicial ha comenzado a erosionar la capacidad de actuación arbitraria de la Administración en esta materia, con lo que es de esperar que se produzca en ello cambios importantes en el 2005.

El otro gran tema que ha ocasionado un inmenso daño a la imagen internacional de los Estados Unidos, es el del tratamiento de los prisioneros iraquíes en Abu Ghraib, localidad cercana a Bagdad, donde el régimen de Sadam tenía una de sus mayores prisiones rápidamente utilizada por los americanos tras la invasión. Los malos tratos y torturas de los encargados de vigilar a los prisioneros fueron detectados, a finales del 2003, por el Ejército, que inmediatamente suprimió las prácticas delictivas, detuvo a los responsables directos e inició los correspondientes procesos para que la justicia militar depurase responsabilidades. Aunque todo ello fue realizado de manera discreta, como un asunto interno de un ejército en guerra, como es normal en una democracia, no tardó en trascender a los medios de comunicación y convertirse en una mayúsculo escándalo público, que ha suministrado munición del más grueso calibre al movimiento antihegemonista o antibushista en todas sus formas.

Los detalles han ido goteando durante todo el año, y a ellos se han añadido algunos otros procedentes de Afganistán. Una cuestión singular, que pertenece al mismo capítulo de horrores de la guerra, tuvo gran repercusión mediática en noviembre durante diez o doce días, cuando durante las operaciones de Faluya un *marine* disparó, al invadir un cuarto de una mezquita, contra un insurgente desarmado.

## **Los fundamentos militares y económicos del poder americano**

Decíamos al principio que quizás lo más significativo del 2004 en lo que se refiere a la posición estratégica de Estados Unidos en el mundo es que en este año su acción alcanzó los límites de su poder. Estados Unidos será una hiperpotencia pero de ninguna manera es una omnipotencia. Irak y la coalición antihegemónica han sido los grandes obstáculos con los que ha tropezado. Irán y Corea del Norte son barreras difíciles de franquear. La segunda administración Bush, y en esto no hubiera habido diferencias sustanciales con Kerry, tendrá que emplearse a fondo para superar los obstáculos, corregir las deficiencias, aumentar progresivamente los márgenes de ese poder. Dado que la oposición antihegemónica tiene mucho de estructural, hay que suponer que las posibilidades de realizar avances en el terreno diplomático sean limitadas, al menos mientras los incrementos de poder en otros sectores no permitan al hegemón cambiar la balanza de estímulos positivos y negativos a distribuir entre amigos, neutrales y hostiles. Esos incrementos tienen que darse en muchos sectores, pues el poder es polifacético, pero dos de ellos son claves: El económico y el militar.

Si el esfuerzo militar deja a la nación extenuada, entonces estará socavando los fundamentos de su poderío y propiciando el inicio de un declive por sobrecarga o sobreextensión, como le ha sucedido a tantos imperios históricos. Estados Unidos, con un presupuesto de defensa del 4% de su PNB está muy lejos de ello. Hay que tener en cuenta que buena parte de esa inversión puede actuar de estímulo activador para el conjunto de la economía y todo lo que se refiere a investigación de tecnologías punta es altamente productivo. El problema inmediato es que su esfuerzo en defensa es insuficiente comparado con las tareas mundiales que su aparato militar tiene que asumir.

Es cierto que lo que los Estados Unidos se gastan en Fuerzas Armadas es una enormidad y equivale al total de lo que se gastan las siguientes

catorce potencias clasificadas precisamente en función de ese tipo de gasto. Pero no es menos cierto que unos 20.000 terroristas y guerrilleros con medios militares bastante elementales, en la mayor parte de los casos simple material explosivo, dejan casi inmovilizado a su Ejército de Tierra y su Infantería de Marina, contando, claro está, con un cierto número de misiones, compromisos y tareas que tienen carácter fijo y no pueden ser desguarnecidos.

Sin incurrir en el peligro de minar la salud económica del país, América podría resolver los problemas militares propios de la hiperpotencia o, dicho de otro modo, tener las Fuerzas Armadas que guarden una verdadera equivalencia con su status, si es que pretende mantenerlo, aumentando su gasto en el sector un 50%, es decir, situándolo en el 6% del PNB, lo que es mucho en tiempos de paz pero sería perfectamente normal o más bien considerablemente bajo en circunstancias de guerra. Aquí nos topamos con la contradicción más grave y el punto más flaco de la “guerra contra el terror”. Bush, inmediatamente después del 11-S, quiso darle ese nombre para concienciar al país respecto a la magnitud de la empresa en la que se estaba embarcando. Sin embargo jamás se ha atrevido a solicitar a su pueblo los sacrificios económicos correspondientes. Más bien al contrario, guiándose por una lógica económica y electoral, ha introducido recortes de impuestos que resultan asombrosos en medio de una guerra. No es que las dos lógicas, la del dinero y la de las armas, sean inherentemente incompatibles. Si los recortes impositivos dinamizan la economía y la hacen crecer, el mismo porcentaje de una mayor riqueza dará cifras más grandes para el gasto en defensa. Pero eso no puede ser inmediato.

En el corto plazo resulta que los recortes realizados en las Fuerzas Armadas durante los 90 en calidad de dividendos de la paz están resultando ahora trágicamente gravosos. El *Army* pasó de 16 divisiones a 10. Necesitaría recuperar esas 6 divisiones desaparecidas, pero no hay medios económicos para ello. En el próximo presupuesto de defensa todos los servicios armados experimentan recortes en los sistemas de armamento en adquisición. Sólo el *Army* recibe un incremento para personal, pero nada que resuelva el problema.

Más allá de los problemas inmediatos existe un debate entre economistas sobre la sostenibilidad de la economía americana. Lo que se plantea como un gran problema es la magnitud de la deuda interna y externa, los llamados déficits gemelos, el fiscal y el déficit por cuenta corriente. En

términos más generales, la dependencia de la economía americana respecto al capital exterior. La caída del dólar frente al euro, registrada a lo largo de todo el año, viene a ser un motivo más de inquietud que pone en duda el interés de ese capital externo para seguir invirtiendo en una moneda que pierde valor. En conjunto las críticas no apuntan a una economía débil o frágil sino más bien a una situación potencialmente explosiva, pero hay polvorines que no estallan nunca. La cuestión es si el mundo puede llegar a perder interés por seguir financiando el alto nivel de consumo americano, que se traduce en importaciones que impulsan el crecimiento mundial, y por invertir en la economía americana, manteniendo la maquinaria a buena marcha de forma que las inversiones sigan siendo rentables. Muchos economistas creen que el peligro teórico de que se interrumpa bruscamente el flujo no existe en la realidad precisamente porque la maquinaria funciona muy bien, el crecimiento es grande, la ventaja tecnológica se mantiene y la empresarial también. En esas condiciones, no hay peligro de que invertir en Estados Unidos deje de ser interesante. Sin duda el debate continuará durante todo el próximo año.

## **PERSPECTIVAS**

Las elecciones americanas no han hecho más que propiciar un debate que concierne a los próximos cuatro años. La cuestión de qué hubiera hecho Kerry queda superada, aunque no deja de ser interesante porque subraya las distintas valoraciones de los factores de continuidad que imponen los intereses estratégicos inexorables y lo que puede significar las diferencias de ideología y personalidad en la gestión de esos condicionantes objetivos.

Lo que ahora cuenta es la orientación del segundo mandato de Bush. Como los propósitos se estrellan con frecuencia contra la realidad y esta nos guarda siempre sorpresas, las predicciones contienen márgenes elevadísimos de error. Lo que si sabemos con seguridad es cuáles son los propósitos. El mensaje del Presidente mediante las más solemnes declaraciones en el acto de investidura y en el Discurso sobre el Estado de la Unión, así como el contenido de hecho en sus nombramientos es un mensaje no ya de continuidad sino incluso de profundización en los temas y objetivos que dominan su pensamiento desde el fatídico 11 de septiembre del 2001. El tema de la democratización del Oriente Medio ha sido expandido hasta convertirse en la difusión de la "libertad humana" a escala universal como principio guía de toda la política exterior americana. En

la celebración, el 30 de enero del 2005, contra sangre y fuego de las elecciones iraquíes y en sus resultados, el presidente americano cree ver una confirmación de sus principios y lo acertado de su política. Las intenciones, pues, son claras. Las incógnitas conciernen a la forma de superar o evadir las limitaciones de poder mencionadas más arriba.